

Sobre la expansión de la cultura portuguesa

POR

JULIO CARO BAROJA

I

A comienzos del siglo XVII cierto marino canario, al que se debe unos de los primeros libros impresos en español sobre el arte de construir barcos, Thomé Cano, decía en el que, entre todos los pueblos del mundo, los portugueses eran, sin disputa, los mejores navegantes de altura y los que mejores barcos construían. En lo que se refiere a la navegación de derrota daba la primacia a los vascos o vizcainos y añadía que también estos eran excelentes constructores ⁽¹⁾.

Opinión semejante se hallaba generalizada por entonces, a pesar de que ya comenzaba el declive de la marina peninsular ⁽²⁾.

Es simbólico, en consecuencia, que un vasco, Juan Sebastian Elcano, tuviera el honor de dar remate a la empresa de Magallanes muerto aquel gran jefe, y que intentara repetirla, yendo con carácter de segundo siempre, en la desgraciada expedición del comendador Loaisa ⁽³⁾. Entre Portugal y Vasconia existen hondas afinidades históricas y la admiración y cariño que siento por las cosas portuguesas, aunque solo me haya ocupado de ellas de manera muy tangencial se debe acaso a afinidades tales.

Fué al iniciar determinados estudios de Tecnología comparada, al querer fijar la historia y difusión de ingenios tales como los molinos de viento, las ruedas movidas por corriente de agua, las norias y otros mas, cuando pensé con insistencia en lo útil que sería para los etnógrafos, etnólogos, antropólogos en general, tener a mano una gran historia social y económica del Imperio portugués.

Posteriormente, al meditar una y otra vez en mi campamento, asentado en las arenas del gran desierto, por la latitud de Río de Oro,

acerca de las conversaciones tenidas con los nómadas momentos antes, se agigantó a mis ojos la gesta de la raza portuguesa: allá por donde he pasado en África, sea la nórdica, sea la sahariana, he encontrado tradiciones sobre los viejos guerreros y marinos portugueses, considerados hoy como seres míticos casi ⁽⁴⁾. A otros que se adentraron mas que yo en aquel continente, aun misterioso, les ha ocurrido lo mismo y aunque sea proverbial cierta tensión de ánimo, entre los castellanos y los portugueses chapados a la antigua, he de recordar tambien que no faltaron nunca, entre los primeros, hombres que colaboraron con los segundos y que admiraron su esfuerzo: ahí está — por ejemplo — el caso del palentino Diego de Torres, al que se debe una curiosísima relación del estado de Marruecos en la primera mitad del siglo xvi, que trabajó para un rey de Portugal y que acaso fuera instigador, aunque indirecto, del desastre de Alcazarquivir ⁽⁵⁾. Mas ahora no he de recoger, ni repetir, lo que los exploradores, los viajeros curiosos y los poetas han dicho sobre el tesón de este pueblo.

II

Voy a iniciar unas reflexiones recordando los testimonios acerca del mismo de hombres con visión práctica de la vida (los comerciantes) y quisiera sacar algunas consecuencias de este recuerdo y de la reflexión subsiguiente.

Entre los profesionales del viejo comercio europeo hay un florentino, Filippo Sassetti, nacido en 1540, muerto en Goa en 1588, que, a lo largo de su correspondencia estimada por los críticos, dejó una visión precisa del Imperio portugués oriental en la segunda mitad del siglo xvi ⁽⁶⁾.

Estamos a 10 de octubre de 1578 y el joven italiano se dispone a describir a un amigo suyo de Florencia, Baccio Valori, los caracteres de Lisboa. Su punto de vista — como he indicado — es el de un profesional agudo, bastante mas culto que la generalidad de sus colegas. No muy benévolo, sin embargo ⁽⁷⁾.

Lisboa — nos dice — vendrá a tener unos 250.000 habitantes. De ellos hay una parte constituida por los cristianos viejos, hidalgos los unos, plebeyos los otros: gente muy pagada de su condición, nos indica en tono de reproche (¿Y por que no lo habian de estar? Pregunto yo). Otra parte la forman los cristianos nuevos, es decir los judíos conversos, a los que Sassetti considera de ingenio sutilísimo.

Y en tercer término quedan los esclavos, las gentes traídas o venidas de tierras lejanas y que llegarían a representar una quinta parte de la población ciudadana. Japoneses, chinos, indúes (mahometanos o «gentiles»), negros africanos de diversas partes y de distinto aspecto, se mezclaban en el puerto cercano con los nórdicos del Báltico, con los holandeses y flamencos, con los franceses, italianos, castellanos etc. (8).

Portugal ha sido la potencia antirracista por excelencia y del principio de hermandad física y espiritual de todas las razas, que ha desarrollado y de los resultados que ha producido este principio, han hablado mejor que nadie los grandes antropólogos portugueses: MENDES CORRÊA a quien hoy honramos entre otros (9). Yo no soy un antropólogo físico. Yo soy un etnólogo, o antropólogo cultural injerto en historiador y lo que me interesa no son tanto los resultados biológicos de la fusión de razas, como las consecuencias de la fusión misma desde el punto de vista cultural. Por este camino orientaré mis reflexiones. Mas sigamos por unos momentos metidos en el puerto de Lisboa en el siglo XVI.

La Lisboa de Sasseti es un emporio maravilloso. El puerto se ve lleno de embarcaciones. A veces estas llegaban en número de trescientas, simultáneamente. Las vistas y perspectivas de una época mucho más decadente que esta, por ejemplo, la que se tomó con motivo del viaje de Cosme de Medicis, producen aun una impresión de magnificencia (10).

Los barcos de todas suertes y de todos orígenes que aprovisionaban a la ciudad en gran parte, se llevaban de ella, en cambio, mercancías más preciosas. Entre las importaciones parecen haber jugado un gran papel el aceite y vino de Provenza y de España y el ganado vacuno del Norte de Europa; esto último a pesar de que Lisboa era ciudad que consumía gran cantidad de pescado; era y creo que es ictiófaga como otras muchas de la península. Pero la más honda realidad está en que los marinos de derrota nórdicos se aprovechaban, con relativo poco esfuerzo, de las gestas de los marinos de altura portugueses, cuyos primeros momentos fueron considerados, sin duda, en la siempre algo pragmática Europa del Norte de resultados «más curiosos que útiles» (11). Lanzados después en sus embarcaciones a los mares más bravos, lejanos, en unas décadas sentaron las bases de un imperio comercial nunca igualado hasta entonces. He aquí las áreas principales del mismo, según Sasseti:

I) Costa occidental de Africa. Unos de los principales establecimientos portugueses eran las islas de Cabo Verde, otro las Minas

de San Jorge. Llevaban los portugueses a estos puntos telas de la India y de Ruan, piezas de latón de diferentes usos y formas, collares grandes, pulseras y anillos de los que se ponen los negros en las orejas, en la nariz, cuentas de color rojo de origen indio también, que consumían los mismos negros, en cantidades enormes.

II) La isla de Santo Tomé, en la que se hallaba centralizado, en gran parte al menos, el comercio de esclavos.

III) Costa oriental de América del Sur: el «Verzino», es decir el Brasil, a donde llevaban todo cuanto entonces podía imaginarse en materia de mercaderías: víveres, paños, telas, objetos de mercería, tales como espejos, sonajeros, campanillas y mil chucherías más.

IV) La India. A la India se exportaba, también, de todo: desde vino y aceite, paños y telas, hasta vidrios, corales, papel y monedas de a real.

Lo que se traía a Portugal desde tan lejos era:

1.º) Cueros, algodones y azúcar de Cabo Verde.

2.º) Oro de las minas de San Jorge.

3.º) Azúcar del que se refinaba («zuccheri rossi») de Santo Tomé (dejando a un lado los esclavos).

4.º) Azúcar blanco del Brasil.

5.º) De la India venía la especiería, que se dividía en dos clases: una, la de la misma costa de aquel inmenso país (pimienta, canela y gengibre), otra, llevada allí de «Tierra Firme» (como la nuez moscada y el «macis») y del Maluco (como el clavo).

Llegaban también de Oriente a estas costas cargamentos de piedras preciosas, de telas de algodón y otras fibras finísimas, que, en gran parte, consumían los mercados de África negra y Berbería, sedas, cendales, camelotes, ricas colchas que podían valer hasta ciento cincuenta escudos por pieza, lechos pintados y miniados de oro, madreperlas «ed altre fantasie» del mar; el ámbar y el almizcle, el añil y la laca, el lacre y las porcelanas (12).

Este gran tráfico marítimo había puesto en un compromiso el antiguo comercio de los pueblos del Mediterráneo con la India, pero aun en tiempo de Sasseti existía una vía, terrestre en parte, y las manufacturas europeas pasaban de Alejandría y de Siria, al Sur, hasta que llegaban — en la India misma — al reino llamado de Narsinga (Bisnagar). En quince días de viaje los mercadores ganaban el 25 o el 30 por ciento con lo que llevaban, y al regreso traían a Europa diamantes, rubies y perlas. Coincidiendo con la estancia de Sasseti en Goa la ciudad de Bisnagar quedó destruida (13). El mismo es aun un

hombre que está dentro de la tradición italiana del medievo, la de los Marco Polo, la de los Nicolo Veneto que, por otra parte, tan familiares eran como autores a los portugueses de aquellos tiempos ⁽¹⁴⁾: era un hombre más fascinado por las Indias Orientales que por el Nuevo Mundo. Y durante años preparó su viaje a aquellas, viaje que le costó la vida, como a tantos otros. En efecto, el 8 de abril de 1583 salian de Lisboa cinco naves rumbo a la India. Cuatro de ellas llegaron a Goa el 20 septiembre. Pero aquella en que iba Sasseti hubo de sufrir las calmas del golfo de Guinea y no arribo sino el 9 de noviembre ⁽¹⁵⁾. Algun tiempo después, a comienzos del año 84, escribia sus primeras impresiones al cardenal Fernando de Medicis.

De esta carta y de las que siguen cabe extraer elementos de juicio muy precisos para fijar algunos de los caracteres del proceso de integración y de desintegración cultural debido al contacto de los pueblos peninsulares con otros, proceso que, hoy día, es movil de tantas investigaciones de los antropólogos, etnólogos e historiadores de ambos mundos.

Lo que han costado a la península sus empresas de exploración y conquista no se ha llegado a estimar todavía justamente. Los juicios acerca de ellas tampoco son homogéneos. «Il reste à savoir si la cochenille et le quinquina sont d'un assez grand prix pour compenser la perte de tant d'hommes» decia Voltaire al cerrar un capítulo de su «Essai sur les mœurs» en que daba cuenta de alguna. Y este pensamiento que tiene, por cierta, semejanza con el del Don Ermeguncio que pinta Moratin en una sátira muy aguda ⁽¹⁶⁾ queda como a mitad de camino entre el de los detractores y el de los admiradores de tanto y tan variado esfuerzo.

Donde un La Perouse no ve mas que la «sed de oro» como meta y fin ⁽¹⁷⁾, un Alfred Russell Wallace ve la mas gloriosa empresa civilizadora de los tiempos modernos ⁽¹⁸⁾.

Sasseti mismo fué un frio y aun poco favorable testigo de lo que costaba a Portugal su actuación en la India. Y a pesar de esto dice cosas que conmueven. Según el cada año salian de aquí de 2.500 a 3.000 hombres y muchachos de humilde condición, dispuestos a probar fortuna. En el viaje moria la mitad. El que quiera saber lo que era un largo viaje por mar en el siglo XVI puede leer una carta, trágicamente burlesca del capitán español Eugenio de Salazar ⁽¹⁹⁾.

De los que quedaban vivos aun debian sufrir muchos epidemias y contagios ⁽²⁰⁾, y los demás se gastaban en guerras y empresas arriesgadísimas. Mas la raza era, sin duda, fortísima y ya habia producido

una casta de mestizos con su personalidad propia (21), aunque los valores fundamentales de su cultura seguían siendo los específicamente portugueses. De esto nos hablan mejor otros testimonios que los de Sassetti.

III

El portugués de Oriente, durante el Renacimiento, fué un producto clásico de nuestra Europa meridional, semejante en muchos aspectos al griego de los siglos gloriosos. Como aquel creó una talasocracia admirable. Como aquel llevó todo lo que mas estimaba a ambientes exóticos. Un puerto, una ciudadela, un pequeño territorio alrededor le bastaron en principio para sus fines y en esto se pareció tambien al griego.

La idea de que el poder estaba en el mar y sólo en el mar, se halla defendida de una manera casi extremada por Diogo do Couto, en su obra «O soldado práctico», donde se lamenta de los gastos que se hacian en su época en fortificaciones y construcciones de tierra, en oposición con el sistema de las épocas mas gloriosas, en las que los portugueses multiplicaban los barcos y el armamento de estos, curando muy poco de asentarse con comodidad (22).

Por ultimo como los griegos mismos los portugueses sintieron gran curiosidad intelectual, verdadero deseo de comprender, no solo de conocer a los hombres y a las tierras que tenia ante si. Se ha señalado el admirable espíritu científico de observación y experimentalismo en hombres como Garcia de Orta y otros que estuvieron en Oriente ya en la primera mitad del siglo XVI (23).

Otros pueden ponerse como ejemplos representativos de comprensión humana. Creo que en este orden pocos hombres de su época llegaron a mas que a lo que llegó Fernão Mendes Pinto. Su libro, aparte de ser el mas delicioso que se ha escrito sobre el mundo oriental en época oscura para nosotros, alcanza una altura en el modo de enfocar la vida, costumbres y creencias de los chinos y otros pueblos, a la que no llegan no solo la generalidad de los viajeros de su época, sino tampoco muchos del siglo XIX, del XX.

¡Que diferencia entre el humilde y resignado viajero portugués y los petulantes turistas que recorrieron su país y el mio hace un siglo o después, respaldados por unos estados, unos gobiernos ultranacionalistas y llenos de orgullo y que escribieron libros y libros monótonos,

superficiales y sin simpatía! (24). No, no pueden las grandes naciones de Europa competir con Portugal en este ni en otros ordenes.

Dice Gomes Eannes de Zurara que el infante Don Enrique el Navegante tuvo seis razones para iniciar y proseguir sus empresas. En primer término le movió la curiosidad puramente científica. En segundo lugar un interés económico. En tercero una razón bélico-estratégica. En cuarto una razón misional, religiosa. En quinto la posibilidad de hallar alianzas diplomáticas con los reyes cristianos que se aseguraba había en Africa y en último término la coyuntura que le habían señalado los astrólogos (25). ¿Quién podía tener miras más amplias en su época? Siglo y pico después de realizadas aquellas empresas iniciales todos estos «objetivos» (como se dice ahora) estaban casi «cubiertos», cumplidos, y los portugueses tenían en Oriente, castillos, fortalezas y mercados, que habían levantado de acuerdo con las tradiciones europeas, pero con una esplendidez que llamaba la atención a los viajeros de otras naciones que los visitaban. Léase, como prueba, lo que dice Tavernier en sus famosos viajes, ya a mediados del siglo XVII — es decir en pleno declive — acerca de Ormuz o Goa (26).

Entremos, por unos instantes, en esta famosa ciudad, guiándonos mediante un plano de ella de aquel mismo siglo. Veamos, en primer término, que elementos se señalan como esenciales en la vida urbana.

Quien no posea más bases de juicio que plano tal y vistas esquemáticas, cree estar ante una ciudad marítima de nuestra península. Ve, en primer término, al centro de la zona portuaria, un núcleo de edificios y establecimientos importantes: el palacio del virrey los señorea. No lejos de él, detrás, hay una plaza anchurosa. En otra, también próxima, en la que se alzan las fachadas del palacio de la Inquisición y de la Iglesia Mayor, se celebran las ferias. Aun en este sector hay una tercera plaza donde están la Misericordia y Nuestra Señora de la Sierra. Las calles reciben nombres que aluden al oficio de los que las habitan en mayor número (hay así la calle de Contratadores, calle de Plateros, calle de Sombrereros), o de la actividad a que están consagradas (calle de la Calderería, calle de la Carnicería, calle de la Seda). Pero aun hay más que reciben el nombre del santo bajo cuya advocación está una iglesia, un convento que alza su solemne fachada en una manzana de ella. Entre sesenta y cinco nombres de lugares públicos señalados en el susodicho plano de Goa, no menos de veintisiete son de carácter religioso. A un extremo de la ciudad quedan San Lázaro y Nuestra Señora del Monte, a la que conduce una larga vía. Mas al

interior Santo Domingo y su calle. San Alejo, San Juan de Sahagun y Santa Maria Magdalena quedan en un mismo sector. También el colegio de San Pablo y Santo Tomé con su calle. En el barrio más alejado del mar están el convento de la Trinidad, Nuestra Señora de la Luz (tras la cual queda la horca), con su calle, y Santa Bárbara. Juntas se hallan, así mismo, Santa Mónica, San Antonio, Nuestra Señora del Rosario, Nuestra Señora de la Concepción, Nuestra Señora de la Gracia y en un extremo Santo Tomás... Algun nombre es de regusto literario.

El plano señala cierta «huerta del bachiller» en la que imaginamos que se reunirían varios ingenios a discutir de Humanidades o a leer versos. Y junto al mar, junto al Oceano Indico, tan lejano para nosotros, vemos de un lado las «alcazerias» y el «bazar de pezes», el muelle con las alfandegas, una «ribera de galeras» y otra «ribera de navios», un hospital o lazareto, el edificio donde se aposenta el veedor de hacienda y aquel donde vive el guarda mayor. Todo esto no es familiar. Los españoles pensamos en Valencia o Barcelona, o en otro puerto antiguo. Pero, de repente, unas palabras nos trasladan al mundo misterioso: «calle de las naos de Ormuz» se llama una calle de Goa, otra camino de Bengani... (27).

Goa, por ultimo, tuvo un destino parecido al de varias poblaciones ibéricas. Sus habitantes en un tiempo se desplazaron y así existe «Goa la vieja», frente a una ciudad más salubre que la sustituyó y que se llamó «Goa la nueva» (28): en España tenemos Ronda la vieja etc. frente a núcleos más modernamente constituidos con el mismo nombre.

Otros emporios portugueses de Oriente presentan aspecto parecido en planos de la misma época, aunque varien de tamaño. Por ejemplo, en Cochim hallamos también la iglesia mayor, aislada, pero no lejos del concejo y de la fortaleza. En un extremo de lo que constituía la plaza principal estaba la iglesia de San Sebastián, en el otro el hospital y el palacio del obispo. Señalamos la existencia de calles de plateros, «caxeros», zapateros, traficantes en seda, alcaicerías y pescaderías: un paso de la pimienta, el consabido rollo y una serie numeroso de iglesias, ermitas y conventos (29).

Plazas fuertes, como Quiloa, Cananor, Ormuz y Chaul son en su estructura general típicamente europeas (30).

En algunas la planificación llega a un formalismo absoluto, como en Bassaim (Baçaim), donde nos encontramos una calle de los nobles, otra calle de los casados, otra de los plateros, otra de los pescadores...

La plaza cuadrangular y las calles, tiradas a cordel, se defienden por un sistema de fortificación de tipo renacentista ⁽³¹⁾.

Establecimientos, cual el de Dio o Diu, constan de tres partes claramente diferenciadas: una fortaleza bastante grande y compleja, la población portuguesa, con su hospital, iglesia etc., defendida por una muralla y extramuros la población indígena con la mezquita y una apariencia distinta. Así también en Ampurias la ciudad griega estaba separada de la ciudad indígena por una muralla ⁽³²⁾.

En suma los portugueses, como los españoles, llevaron a lejanas tierras todo un sistema social, todos sus valores culturales: los buenos tanto como los malos. No hay porqué negarlo, pues no podían constituir una excepción entre los hombres. Así, por ejemplo, en sus colonias, como en el Perú español, les vemos metidos en banderías y parcialidades: «En la ciudad de Meliapor — dice Faria y Sousa hablando del año 1616 — que vulgarmente llamamos de San Thomé, andavan en vandos sus moradores escopetándose los unos a los otros, sin temor alguno de leys divinas ni humanas» ⁽³³⁾. Este es un ejemplo entre muchos. Las crónicas, por otra parte, nos hablan de una población febril en la que las mas fuertes pasiones hacían presa de continuo, una población ardiente, llena de deseos. A comienzo del año 1585 toda la gente de las costas del Indico andaba alborotada ante las posibilidades que abrían tres grandes empresas. Era la primera la exploración de las recién descubiertas minas de plata del río Cuama. La segunda la conquista del Ceylan y la tercera la de un puerto de Sumatra que tenía grandes relaciones con la Meca y los puertos del Mar Rojo ⁽³⁴⁾.

IV

Poseemos noticias históricas abundantes respecto a los contactos de los portugueses con los indúes, con los chinos, con los japoneses, con los pobladores de Indonesia, del golfo pérsico y del Mar Rojo, con los negros del Africa austral, los nómadas del desierto, los marroquíes de stirpe árabe o berberisca, con los indios del Brasil... Mas el conocimiento de lo que estos contactos significan en la historia general de la cultura está muy lejos de ser perfecto. De Pernambuco a Macao, de Mascate a Ceuta, de la raya del Miño al Cabo de Buena Esperanza o al centro de Africa, han tendido los portugueses una serie de redes sutilísimas, invisibles para el observador superficial y de las

que incluso los antropólogos no poseen conocimiento exacto. Y esto ocurrió no sólo en épocas remotas, sino también en fechas modernas.

Los viajeros y exploradores de naciones rivales repitieron una y otra vez, como se ha dicho, que estas redes las tendieron una serie de aventureros y de buscavidas sin inquietudes espirituales, o dominados por el fanatismo mas negro. Ello no quita — añadiré a modo de inciso — para que los mismos agentes tendenciosos hayan dejado cuadros particulares en que se pinta la dulzura de los costumbres propia de algunas familias portuguesas asentadas en tierras lejanas: lease, por ejemplo, en los mismos viajes de La Pérouse, lo que se dice de la familia del gobernador de Macao allá a comienzos de 1787 ⁽³⁵⁾.

Pero no es de mi incumbencia hacer valoraciones de caracter etico, ni el estenderme en consideraciones apologéticas. Conviene mas que diga unas palabras acerca de los métodos que han servido para iniciar el estudio de los contactos y relaciones aludidas.

En la época en que han dominado las tendencias histórico-culturales en Antropología — es decir durante los treinta primeros años de este siglo — se estudiaron algunos problemas aislados de difusión de ideas, conceptos, técnicas, en una palabra de «rasgos» o «elementos culturales», considerando el papel que en difusión tal podian haber tenido los portugueses: un problema fascinador de este tipo es el que plantearon los relieves y esculturas de Benin con representaciones de europeos, vestidos a la moda del siglo xvi ⁽³⁶⁾, problema que puede compararse, por varias razones, al que plantean las evidentes reminiscencias induées en el llamado estilo manuelino ⁽³⁷⁾.

Si no tuviéramos noticia cierta de las navegaciones lusitanas y de la fecha en que se realizaron: ¿Que pensaríamos respecto al origen de aquellos elementos enigmáticos del arte negro y del gótico peninsular? Los «criterios de forma» y de «cantidad» que usó Graebner de modo sistemático no hubieran sido suficientes, de seguro, para que todos los etnólogos aceptaran una relación, entre artes desarrolladas en áreas tan distanciadas entre si como son Portugal, la costa occidental del Africa negra y la India, siguiendo también la tesis graebnerian de la «Ferninterpretation».

Acaso ante estatuas y relieves se hubieran defendido hipótesis encontradas, como las que defienden los americanistas después de considerar la existencia de ciertas obras de arte de Oceania y América, que, unos, sostienen son semejantes por razón de la difusión cultural, mientras que otros se mantienen escépticos respecto a difusión tal, o la admiten solo con limitaciones muy sensibles.

Orientalistas y occidentalistas han luchado durante años en un mismo campo de la Americanística (38). En nuestros casos hay menos lugar a dudas y puede afirmarse, sin miedo a cometer errores substanciales, que las gestas de los portugueses han tenido importancia extraordinaria no solo en el desenvolvimiento artístico, sino también en el técnico y científico mundial, desde fines de la Edad Media a fines del siglo XVIII por lo menos (39).

Una de las plantas cultivadas a la que los portugueses dieron pronto expansión grande fué el azúcar. Y con el azúcar se difundieron una série de técnicas y de ingenios para elaborarlo, de tradición mediterránea. Muchos de ellos se han seguido usando en el Brasil hasta hace poco (40). La maquinaria agrícola portuguesa, que tan excelentemente están describiendo los etnólogos jóvenes nos habla de relaciones y conexiones evidentes con países muy lejanos como el Japón y Persia (41).

Portugal no es solo un epicentro, un foco desde el que se han difundido muchas invenciones de forma mas amplia, sino también un receptor de estas, de cultivos, de manufacturas etc. A veces el ensayo de adopción, de aclimatación no da resultado. Por ejemplo dice Sasseti que la anana del Brasil fué traída a la metrópolis y que no arraigó («non vi visse»). Pero que en la India se aclimató espléndidamente (42). Estos procesos de asimilación cultural se sucedieron con tal rapidez y a veces con tanto éxito, que fué posible que en vida de un hombre se perdiera la conciencia, en los nuevos territorios, de lo que era autóctono y de lo que había sido traído de fuera. Es interesante para aquel que quiera tener idea de semejante estado de confusión, lo que dice el jesuita español Bernabó Cobo acerca de lo ocurrido en el Perú desde la época de Pizarro a comienzos del siglo XVII (43). Su método para averiguar lo que era indígena y lo que no merece un comentario por parte de los etnólogos preocupados por los problemas de difusión cultural ((44).

V

Pero desde hace treinta años a esta fecha no son cuestiones tales las que conmueven mas a la juventud dedicada a la investigación antropológica, sino que, ésta, procura, de un modo u otro, llegar a tener una visión mas orgánica de la configuración total de las culturas y sociedades. Sean historicistas o funcionalistas, tengon mentes dominadas por preocupaciones psicológicas o se caractericen mas bien por sus

inquietudes sociológicas, los antropólogos en gran número rechazan el análisis que pudieramos llamar atomístico.

No parece, sin embargo, que han llegado, por esta vía, a abandonar por completo, ciertos puntos de vista que se me antojan unilaterales y estrechos. La tendencia funcionalista — vaya en un sentido o vaya en otro — ha hecho que se multipliquen los estudios monográficos sobre comunidades no muy grandes. El «field worker» quiere ganar en intensidad a expensas de la extensión. Nadie puede negar que esta posición ha sido muy provechosa, después de la época en que se construían las grandes síntesis, evolucionistas o histórico-culturales, a base de datos de gabinete y biblioteca sobre todos.

Pero ha traído, como consecuencia, alguna incompreensión nueva. En países afectados por las empresas de conquista y colonización de los españoles al menos, se han practicado investigaciones muy intensas acerca de comunidades mestizas. Al llegar los que las han llevado a efecto a terreno interpretativo, han empleado conceptos como los de «aculturation» «folk culture» etc. de gran interés teórico sin duda. Mas, por desgracia, el conocimiento que tenían o tienen de uno de los elementos de estas culturas mestizas que pretenden definir es imperfecto y superficial y el elemento al que aludo no es otro, justamente, que el peninsular.

Las instituciones religiosas, civiles y militares, las reglas jurídicas, públicas y privadas, las costumbres, los estilos artísticos, las tendencias literarias, los cultivos, técnicas y manufacturas llevados de aquí a allá por los españoles en los siglos xv, xvi y xvii constituían algo mas que un simple agregado de elementos, constituían un todo con sus partes integradas, todo al que pertenecían desde el virrey o el arzobispo hasta el mas humilde esclavo. La sociedad colonial funcionaba así como tal, mejor o peor. Si poseía un aspecto humilde, plebeyo, oscuro, también tenía otro aspecto aristocrático, brillante. No llega de la metrópolis tan solo una cultura popular, folklórica, importada por la humilde familia andaluza o extremeña. Llega todo un sistema social, sometido a organización poco flexible en casos, contemporizadora en otros. Creo que con respecto al imperio portugués cabe decir algo parecido. En la Goa antigua se halla la reproducción fiel de lo que se hallaba en la metrópolis. Porque los colonizadores, los conquistadores mismos, tuvieron el propósito deliberado de crear una estructura social inspirada en la que habían dejado en su tierra, pero sometida a las exigencias del medio: lo mismo Albuquerque que Cortés, o cualquier otro menos conocido (⁴⁵).

La decadencia de los pueblos peninsulares y el auge de sus rivales, hicieron — sin embargo — que durante el siglo XVIII y gran parte del XIX se llegara a escribir una historia en que las empresas de aquellos estaban tratadas con tan poca simpatía, o tan sucintamente en lo mas esencial, que no habia modo de extraer de ella elementos de juicio, para reconstruir bien los procesos culturales. Varios tópicos se sucedieron, por otra parte, en el ámbito de la investigación histórica. Y así, en nuestra época, hay autores que reconstruyen la historia de las sociedades mestizas, a la luz de unos cuantos conceptos generales que considero — como he dicho — insuficientes, o de tesis preconcebidas.

Hemos de reaccionar — en primer término — contra la tendencia a interpretar los datos a la luz de ideas que podríamos llamar «excesivamente folklóricas», es decir a considerar que el «pueblo» ha sido el unico creador de nuevas formas de sociabilidad y cultura.

Pero no sabemos hasta que grado, hasta que punto, se puede hablar de una «planificación de la cultura colonial» hecha desde arriba. El modo como los jesuitas organizaron sus famosas misiones del Paraguay (aquellas «reducciones» acerca de las que tanto se ha escrito y sobre las que — sin embargo — el hombre moderno debia saber y meditar mas) puede ser considerado el mas extremado modelo de planificación. Pero no el unico sin duda.

Las viejas fuentes se olvidan o no se usan adecuadamente. Hoy mismo el desconocimiento de los grandes libros portugueses en el mundo es lamentable: empezando por España, no muy feliz tampoco como nación divulgadora de su cultura. Y, sin embargo, las crónicas, las relaciones impresas (sin hablar de manuscritos y papeles depositados en archivos), están preñados de noticias fundamentales sobre los contactos de unos pueblos con otros, el origen de instituciones y costumbres, la razón de ser de estructuras económicas y sociales propias de los grandes países en estado de emergencia como el Brasil, por ejemplo. Cualquier tema de Orientalismo o de Africanismo es susceptible, por otra parte, de ser ilustrado en sus capítulos iniciales con una serie mayor o menor de datos suministrados por fuentes portuguesas. Lo mismo da que se refiera al reino de Monomotapa, que a las grandes tribus del Congo, a las teocracias del Tibet, la monarquía persa, o al misterioso reino del Preste Juan.

Los laboriosos bibliógrafos portugueses señalan la existencia de gramáticas, vocabularios y relaciones, debidas a misioneros y hombres de acción. Mas yo pienso que hay que superar esta etapa bibliográfica (en que también estamos los españoles) y preparar una gran

colección de «Fuentes portuguesas para el estudio de la Etnología y de la Antropología» que recogiera, ordenados y comentados adecuadamente, los textos numerosos en que, a partir del siglo xv, se describen los pueblos con que se encontraron los portugueses una y otra vez, terminando con las obras de los autores mas modernos ⁽⁴⁶⁾. La colección, bien lo se, tendria que ser inmensa, enorme también el esfuerzo colectivo, fuertes los gastos y riesgos. Pero este pais ha rematado empresas tan desmesuradas que no veo por qué razón podria considerarse irrealizable esta que apunto.

Como complemento a ella los estudios de Etnología peninsular debian de hacerse mas sistemáticos: pero en este orden me temo que la falta mas sea española que portuguesa. Y terminaré aquí haciendo mias unas palabras del clérigo historiador de las Indias, Francisco López de Gomara: «He puesto este capítulo para que todos conozcan cuanta diferencia y ventaja hace la tierra con mudar pobladores» ⁽⁴⁷⁾.

NOTAS

⁽¹⁾ «Arte para fabricar, fortificar y apareiar naos». (Sevilla, 1611), fols. 2 vto. — 6 p.

⁽²⁾ JULIO CARO BAROJA, «La tradición técnica del pueblo vasco, o una interpretación ecológica de su Historia» en «Vasconiana (de Historia y Etnología)». (Madrid, 1957), pp. 122-126.

⁽³⁾ Los dos viajes se hallan ya bien documentados por Don MARTIN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE cuyas obras han sido reimpresas modernamente en la continuación de la «Biblioteca de autores españoles» de Rivadeneira LXXV-LXXVII (Madrid, 1954-1955).

⁽⁴⁾ JULIO CARO BAROJA, «Estudios saharianos» (Madrid, 1955), pp. 324, 404, y «Una encuesta en Gomara (historia y tradición» en «Estudios mogrebie» (Madrid, 1957), p. 148.

⁽⁵⁾ «Relacion del origen y sucesso de los xarifes, y del estado de los reinos de Marruecos, Fez, Tarudáte y los demas q. tienen usurpados» (Sevilla, 1586). De este libro hice un análisis: JULIO CARO BAROJA, «Una visión de Marruecos a mediados del siglo XVI. La del primer historiador de los «xarifes» Diego de Torres» (Madrid, 1956).

⁽⁶⁾ «Lettere di Filippo Sassetti, corrette, accresciute e dichiarate con note aggiuntavi la vita di Francesco Ferrucci» (ed. Milan, 1874).

⁽⁷⁾ SASSETTI, op. cit., pp. 112-128 (carta XLIV).

⁽⁸⁾ SASSETTI, op. cit., pp. 113-114.

⁽⁹⁾ Veanse, entre las publicaciones numerosas del maestro, los ensayos recogidos en el volumen titulado «Antropología e Historia» (Porto, 1954).

⁽¹⁰⁾ «Lixboa», lámina LIII en «Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669)», láminas. (Madrid, 1933).

(¹¹) VOLTAIRE en su «Essai sur les mœurs et l'esprit des nations», III dela ed. de Paris. 1818, pp. 611 (c. CXLI), señala esto muy bien.

(¹²) SASSETTI, op. cit., pp. 114-115, especialmente.

(¹³) SASSETTI, op. cit., p. 284 (carta CI).

(¹⁴) «O livro de Marco Paulo», publicado en Lisboa en 1502, y el de NICOLAO VENETO, impreso tras el, fueron editados de nuevo en Lisboa el año 1922, entre las publicaciones de la Biblioteca Nacional, por Francisco Maria Esteves Pereira.

(¹⁵) SASSETTI, op. cit., pp. 218-219 (carta LXXXIV). Antes en la p. 161 (carta LXI) dice acerca de los viajes a la India, en general, lo que sigue: «Il viaggio è di tremila leghe, sedici delle quali sono sessanta miglia delle nostre. Fornicesi in poco più di cinque mesi, e quando le cose passano per l'ordinario, se ne consuma uno a Mozambique, che è una isoletta abitata da Portughesi di là dal Capo di Buonasperanza in diciassete gradi dalla parte di Mezzogiorno».

(¹⁶) VOLTAIRE, «Essai sur les mœurs...», ed. cit., III, p. 73 (capítulo CXLIX). La sátira de Don Nicolas Fernández de Moratin a que aludo en el texto, se titula «El filosofastro», y puede leerse en la «Biblioteca de autores españoles», de Rivadeneira, II, p. 586 (n.º IX). Se trata de un visitante latoso que se hace convidar por el autor a la hora del desayuno y cuando le ponen delante un sabroso tazón de chocolate empieza su perorata.

«Al fin en ronca voz: «¡Oh edad nefanda!
 ¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!
 ¡Oh corrupcion!» exclama; y de camino
 Dos tortas se tragó. «¡Que a tanto llegue
 Nuestra depravación, y un placer solo
 Tantos afanes y dolor produzca
 A la oprimida humanidad! Por este
 Sorbo llenamos de miseria y luto
 La América infeliz; por el Europa,
 La culta Europa en el Oriente usurpa
 Vastas regiones, porque puso en ellas
 Naturaleza el cinámono ardiente;
 Y para que mas grato el gusto adule
 Este licor, en duros eslabones
 Hace gemir al atezado pueblo
 Que en Africa compró, simple y desnudo.
 ¡Oh que abominación!» Dijo; y llorando
 Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
 Cuanto en el hondo canjilón quedaba».

Es curioso observar que MORATIN, considerado como hombre de espíritu volteriano, se ríe aquí de lo corriente que era en su época la actitud «filosofica» ante el «colonialismo» o «imperialismo» hispano o portugués, no acompañada de una actuación en consonancia con las ideas.

(¹⁷) Las palabras que siguen las copio de la relación del «Voyage de La Pérouse autour du monde» redactada por MILET-MUREAU II (Paris, 1798), p. 387: «On sait que l'avidité de l'or et l'esprit de conquête dont les Espagnols et les Por-

tugais étaient animés il y a deux siècles, faisaient parcourir à des aventuriers de ces deux nations les différentes mers et les isles des deux hémisphères, dans la seule vue d'y rencontrer ce riche métal.

(¹⁸) Bajo la nota anterior podemos estampar las siguientes palabras de ALFRED RUSSELL WALLACE, «The Malay Archipiélago», (Londres, 1894), p. 325: «The Portuguese and the Spaniards were truly wonderful conquerors and colonizers. They effected more rapid changes in the countries they conquered than any other nations of modern times, resembling Romans in their power of impressing their own language, religion and manners on rude and barbarous tribes».

(¹⁹) «Biblioteca de autores españoles», de RIVADENEIRA, LXII, pp. 291-297.

(²⁰) SASSETTI, op. cit., pp. 236 (carta LXXXIX).

(²¹) SASSETTI, op. cit., p. 236: «I Portughesi di qua sono di due maniere, perchè o ci sono venuti di Portogallo o nati in queste parti; che se sono nati qua di donne indiane, gli domandono Mestizi, i quali nel viso si cognoscono, partecipando del volto di queste parti».

(²²) «O soldado prático. Texto restituído, prefácio e notas pelo Prof. M. Rodrigues Lapa» (Lisboa, 1937), p. 223. El texto mas significativo es este a mi juicio: «Primeiramente digo que o valeroso capitão e visor-rei D. Francisco d'Almeida, governando o Estado da Índia, mandando-lhe el-rei fazer alguas fortalezas, lhe respondeu que as com que a Índia se havia de defender eram muitos galeões, muitas armadas, e bem providas, e muita boa soldadesca; que as fortalezas eram currais, e quantos menos houvesse tanto a Índia seria mais próspera e teria menos obrigações...». Pero hay otros muchos.

(²³) ANTÓNIO JOSÉ SARAIVA y ÓSCAR LOPES, «História da literatura portuguesa» (Porto, 1957), pp. 161 y 330.

(²⁴) El libro de Mendes Pinto tuvo muchas ediciones en su lengua y en traducciones. La española de F. de Herrera Maldonado gozó de popularidad y de 1620 a 1664 se hicieron no menos de cuatro ediciones. Uso una de 1627: «Historia oriental de las peregrinaciones de Fernán Méndez Pinto, adonde se escriven muchas y muy extrañas cosas que vió y oyó en los reinos de la China, Tartaria, Sornao, que vulgarmente se llama Siam, Calamiñam, Pegum, Martanan, y otros muchos de aquellas partes orientales» (Madrid, Diego Flamenco, 1627).

(²⁵) Algunos autores modernos, como ANTÓNIO JOSÉ SARAIVA y ÓSCAR LOPES, «Historia da literatura portuguesa», cit. (nota 23), pp. 120-121, parecen querer aminorar el papel de Don Enrique y reprochan a Gomes Eanes que desconoce «a quase totalidade da realidade nacional». Mi conocimiento de los historiadores portugueses de la misma época no es lo suficientemente amplio para apreciar con toda seguridad la trama sobre la que basan estos críticos eminentes su modo de razonar.

(²⁶) «Les six voyages de Jean Baptiste Tavernier», I (Paris, 1678), p. 756: «Les Portugais s'estant rendus maitres de l'Isle d'Ormus, d'une ville mal bâtie en firent une tres belle et qui alloit jusqu'à la magnificence que cette Nation aime beaucoup...». En II, pp. 129-139 hay una descripción de Goa.

(²⁷) Las observaciones anteriores se inspiran en el examen del plano de Goa que ilustra el libro de M. de FARIA y SOUSA, «Ásia portuguesa», I (Lisboa, 1666), entre las pp. 142-143. En esta época, que se considera ya decadente, BALTASAR GRACIAN llama aun a Goa «rica y famosa ciudad... corte del imperio católico en el Oriente, silla augusta de sus virreyes emporio universal de la Índia y de sus rique-

zas», «El Criticón», ed. Julio Cejador, I (Madrid, 1913), p. 42. Los informes mas detallados sobre Goa a comienzos del siglo XVII, redactados en lengua castellana son los que suministran los «Comentarios de D. Garcia de Silva y Figueroa, de la embajada que de parte del rey de España D. Felipe III hizo al rey Xa Abas de Persia», I (Madrid, 1903), pp. 127-228 (todo el libro segundo).

⁽²⁸⁾ O también «velha cidade» y «nova cidade». Es curiosa la visión que de la ciudad muerta dió un oficial inglés, después de su visita en 1822, publicada en la «Edinburgh Review» y de allí traducida en la «Revue Britannique», I (Paris, 1825), pp. 42-59 (pp. 56-59, especialmente). Contrasta con lo que todavia en la segunda mitad del siglo XVII veían viajeros de diversos orígenes.

⁽²⁹⁾ FARIA y SOUSA, «Asia portuguesa», I, plano entre las pp. 58-59.

⁽³⁰⁾ FARIA y SOUSA, «Asia portuguesa», I, planos entre las pp. 72-73 (Quiloa), 84-85 (Cananor), 170-171 (Ormuz), 214-215 (Chaul).

⁽³¹⁾ FARIA y SOUSA, «Asia portuguesa», I, plano entre las pp. 296-297.

⁽³²⁾ FARIA y SOUSA, «Asia portuguesa», I, plano entre las pp. 321-322. Acerca de la estructura de Ampurias, vease LIVIO, XXXIV, 9: «...Sed Graecum oppidum in mare expositum totum orbem muri minus quadringentos passus patentem habebat, Hispanis retractior a mari trium milium passuum in circuitu muros erat». Los planos que se hallan en volúmenes posteriores de la misma obra de FARIA y SOUSA, como el tercero, aparecido en Lisboa en 1676, son de calidad inferior a los citados. Por ejemplo, el de Mascate, entre las pp. 40-41 y el de Macao, entre las pp. 362-363.

⁽³³⁾ FARIA y SOUSA, «Asia portuguesa», III, p. 293.

⁽³⁴⁾ SASSETTI, op. cit., p. 252 (carta XCIII).

⁽³⁵⁾ «Voyage de La Pérouse autour du monde», II, pp. 356-357, enero de 1787 exactamente.

⁽³⁶⁾ Las últimas investigaciones acerca de Benin han puesto el «gran periodo» de su arte entre 1500 y 1575 que es cuando se hallan representaciones de portugueses, magníficas de expresión.

⁽³⁷⁾ No tengo autoridad, ni tampoco he seguido de cerca la polémica, para decidir hasta que punto se han reajustado las teorías que expuso ALBRECHT HAUPT en «Die Baukunst der Renaissance in Portugal», (Francfort, 1894). Pero parece que se admite como evidente una dosis de influencia índica por autores menos sistemáticos, como WALTER CRUM WATSON, «Portuguese Architecture», (Londres, 1908), etc.

⁽³⁸⁾ Vease, por citar un libro de polémica y síntesis a la par, J. IMBELLONI, «La esfinge indiana — Antiguos y Nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos», (Buenos Aires, 1926).

⁽³⁹⁾ Las profundas investigaciones de mi llorado amigo y maestro Don JOAQUIM DE CARVALHO estan abriendo horizontes amplísimos en la Historia de la ciencia y el pensamiento de Portugal. Las figuras de Pedro Nunes, João Jacinto de Magalhães y otros sabios eminentes van siendo, gracias a ellas, mucho mejor conocidos, no solo en su país sino también fuera.

⁽⁴⁰⁾ De algunas máquinas de aire muy arcaico que se encontraban en el Brasil y otras partes he tratado brevemente en mi estudio «Sobre maquinaria de tradición antigua y medieval» en «Revista de dialectología y tradiciones populares», XII (1956), pp. 114-175.

⁽⁴¹⁾ Vease, por ejemplo, JORGE DIAS, «O pio de piar os milhos. Instrumento de origem oriental na Serra da Padrela», (Porto, 1949); del mismo y F. GALHANO, «Moinhos de descascar milho miudo e o monjolo brasileiro», (Porto, 1953); de los

mismos, «Aparelhos de elevar a água de rega», (Porto, 1953) y mi nota «Sobre el timpano y la bomba de Ctesibio» en «Revista de Guimarães», LXV (1955), de la que no tengo a mano mas que una separata.

(⁴²) SASSETTI, op. cit., p. 223 (carta LXXXIV). El mismo es uno de los primeros europeos que describen (siguiendo a un experto portugués precisamente) la manera de hacer las porcelanas de China, en una carta fechada el 8 de junio de 1580 (p. 133, carta XLVIII).

(⁴³) «Historia del Nuevo Mundo» en «Biblioteca de autores españoles», XCI (Madrid, 1956), pp. 154-156 (lib. IV, cap. II); 375-379 (lib. X, cap. I: y en conjunto todo este libro hasta la p. 427).

(⁴⁴) Señalaré, de todas suertes, que no es el único autor viejo interesante desde este punto de vista. Antes FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA, en la «Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias» («Biblioteca de autores españoles», XXII, págs. 176-177), dedicó un capítulo interesante a tratar de «Las cosas de nuestra España que ay agora en la Española», en donde se leen informes como este: «quien primero tuvo trapiche de caballos fué el bachiller Gonzalo de Velosa», (pág. 177). Mas adelante al tratar del Perú suministra otros (pág. 278). Y en la segunda parte, al hablar «De cómo atendió Cortés a enriquecer la Nueva España» (pág. 403), hace una enumeración de «elementos» llevados por aquel de una manera sistemática.

(⁴⁵) Vease lo que dice FARIA y SOUSA, «Asia portuguesa», 1, págs. 143-144, acerca de las primeras medidas tomadas por Albuquerque en Goa. Y con respecto a la fundación de las nuevas villas en América puede ponerse, como ejemplo, lo que sigue, escrito por FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA en la «Segunda parte de la Historia general de las Indias», ed. cit. (nota 43), pág. 321 («Fundación de la villa de Veracruz»): «Repartieronse los solares a los vecinos y regimiento, y señaláronse la iglesia, la plaza, las casas de cabildo, cárcel, atarazanas, descargadero, carnicería, y otros lugares públicos y necesarios al buen gobierno y policia de la villa. Trazóse así mesmo una fortaleza sobre el puerto, en sitio que pareció conveniente, y comenzóse luego ella y los demás edificios a labrar de tapiería...».

(⁴⁶) Obras llenas de información como los cuatro gruesos volúmenes de la «Expedição portugueza ao Muatiãnvua» (Lisboa, 1890), dirigida por el mayor AUGUSTO DIAS DE CARVALHO y otros libros importantes aparecidos en años mas cercanos apenas si son conocidos.

(⁴⁷) FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA, «Primera parte...», cit., ed. cit., pág. 177.